Es una desgracia para un joven tener aficiones caras, grandes expectativas de riqueza,

parientes aristocráticos, pero sin dinero contante y sonante, y ninguna profesión con que

poder ganarlo. El hecho es que mi padre, hombre bondadoso, optimista y jactancioso,

tenía una confianza tal en la riqueza y en la benevolencia de su hermano mayor, solterón,

lord Southerton, que dio por hecho el que yo, su único hijo, no me vería nunca en la

necesidad de ganarme la vida. Se imaginó que, aun en el caso de no existir para mí una

vacante en las grandes posesiones de Southerton, encontraría, por lo menos, algún cargo

en el servicio diplomático, que sigue siendo espacio cerrado de nuestras clases

privilegiadas. Falleció demasiado pronto para comprobar todo lo equivocado de sus

cálculos. Ni mi tío ni el estado se dieron por enterados de mi existencia, ni mostraron el

menor interés por mi porvenir. Todo lo que me llegaba como recordatorio de ser el

heredero de la casa de Otswell y de una de las mayores fortunas del país, eran un par de

faisanes de cuando en cuando, o una canastilla de liebres. Mientras tanto, yo me encontré

soltero y paseante, viviendo en un departamento de Grosvenor-Mansions, sin más

ocupaciones que el tiro de pichón y jugar al polo en Hurlingham. Un mes tras otro fui

comprobando que cada vez resultaba más difícil conseguir que los prestamistas me

renovasen los pagarés, y obtener más dinero a cuenta de las propiedades que habría de

heredar. Vislumbraba la ruina que se me presentaba cada día más clara, más inminente y

más completa.

Lo que más vivamente me daba la sensación de mi pobreza era el que, aparte de la gran

riqueza de lord Southerton, todos mis restantes parientes tenían una posición desahogada.

El más próximo era Everard King, sobrino de mi padre y primo carnal mío, que había

llevado en el Brasil una vida aventurera, regresando después a Inglaterra para disfrutar

tranquilamente de su fortuna. Nunca supimos de qué manera la había hecho; pero era

evidente que poseía muchodinero, porque compró la finca de Greylands, cerca de

Clipton-on-the-Marsh, en Suffolk. Durante su primer año de estancia en Inglaterra no me

prestó mayor atención que mi avaricioso tío; pero una buena mañana de primavera, recibí

con gran satisfacción y júbilo, una carta en que me invitaba a ir aquel mismo día a su

finca para una breve estancia en Greylands Court. Yo esperaba por aquel entonces hacer

una visita bastante larga al tribunal de quiebras, o Bankruptcy Court, y esa interrupción

me pareció casi providencial. Quizá pudiera salir adelante si me ganaba las simpatías de

aquel pariente mío desconocido. No podía dejarme por completo en la estacada, si

valoraba en algo el honor de la familia. Di orden a mi ayuda de cámara de que dispusiese

mi maleta, y aquella misma tarde salí para Clipton-on-the-Marsh.

Después de cambiar de tren a uno corto, en ese empalme de Ipswich, llegué a una

estación pequeña y solitaria que se alzaba en una llanura de praderas atravesadas por un río de corriente perezosa, que serpenteaba por entre orillas altas y fangosas, haciéndome

comprenderque la subida de la marea llegaba hasta allí. No me esperaba ningún coche

(más tarde me enteré de que mi telegrama había sufrido retraso) y por eso alquilé uno en

el mesón del pueblo. Al cochero, hombre excelente, se le llenaba la boca elogiando a mi

primo, y por él me enteré de que el nombre de míster Everard King era de los que

merecían ser traídos a cuento en aquella parte del país. Daba fiestas a los niños de la

escuela, permitía el libre acceso de los visitantes a su parque, estaba suscrito a muchas

obras benéficas y, en una palabra, su filantropía era tan universal que mi cochero sólo se

la explicaba con la hipótesis de que mi pariente abrigaba la ambición de ir al parlamento.

La aparición de un ave preciosa que se posó en un poste de telégrafo, al lado de la

carretera, apartó mi atención del panegírico que estaba haciendo el cochero. A primera

vista me pareció que se trataba de un arrendajo, pero era mayor que ese pájaro y de un

plumaje más alegre. El cochero me explicó inmediatamente la presencia del ave diciendo

que pertenecía al mismo hombre a cuya finca estábamos a punto de llegar. Por lo visto,

una de las aficiones de mi pariente consistía en aclimatar animales exóticos, y se había

traído del Brasil una cantidad de aves y de otros animales que estaba tratando de criar en

Inglaterra.

Una vez que cruzamos la puerta exterior del parque de Greylands, se nos ofrecieron

numerosas pruebas de esa afición suya. Algunos ciervos pequeños y con manchas, un

extraño jabalí que, según creo, es conocido con el nombre de pecarí, una oropéndola de

plumaje espléndido, algunos ejemplares de armadillos y un extraño animal que caminaba

pesadamente y que parecía un tejón sumamente grueso, figuraron entre los animales que

distinguí mientras el coche avanzaba por la avenida curva.

Míster Everand King, mi primo desconocido, estaba en persona esperándome en la

escalinata de su casa, porque nos vio a lo lejos y supuso que era yo el que llegaba. Era

hombre de aspecto muy sencillo y bondadoso, pequeño de estatura y corpulento, de

cuarenta y cinco años, quizá, y de cara llena y simpática, atezada por el sol del trópico y

plagada de mil arrugas. Vestía traje blanco, al estilo auténtico del cultivador tropical;

tenía entre sus labios un cigarro, y en su cabeza un gran sombrero panameño echado

hacia atrás. La suya era una figura que asociamos con la visión de una terraza de

bungalow, y parecía curiosamente desplazada delante de aquel palacio inglés, grande de

tamaño y construido de piedra de sillería, con dos alas macizas y columnas estilo Palladio

delante de la puerta principal.

-¡Mujer, mujer, aquí tenemos a nuestro huésped! -gritó, mirando por encima de su

hombro-. ¡Bien venido, bien venido a Greylands! Estoy encantado de conocerte, primo

Marshall, y considero como una gran atención el que hayas venido a honrar con tu

presencia esta pequeña y adormilada mansión campestre.

Sus maneras no podían ser más cordiales. En seguida me sentí a mis anchas. Pero toda su

cordialidad apenas podía compensar la frialdad e incluso grosería de su mujer, es decir,

de la mujer alta y ceñuda que acudió a su llamada. Según tengo entendido, era de origen

brasileño, aunque hablaba a la perfección el inglés, y yo disculpé sus maneras,

atribuyéndolas a su ignorancia de nuestras costumbres. Sin embargo, ni entonces ni

después trató de ocultar lo poco que le agradaba mi visita a Greylands Court. Por regla

general, sus palabras eran corteses, pero poseía unos ojos negros extraordinariamente

expresivos, y en ellos leí con claridad, desde el primer momento, que anhelaba vivamente

que yo regresara a Londres.

Sin embargo, mis deudas cran demasiado apremiantes, y los proyectos que yo basaba en

mi rico pariente, demasiado vitales para dejar que fracasasen por culpa del mal genio de

su mujer. Me despreocupé, por tanto, de su frialdad y le devolví a mi primo la

extraordinaria cordialidad con que me había acogido. Él no había ahorrado molestias para

procurarme toda clase de comodidades. Mi habitación era encantadora. Me suplicó que le

indicase cualquier cosa que pudiera apetecer para estar allí completamente a mi gusto.

Tuve en la punta de la lengua contestarle que un cheque en blanco resultaría una ayuda

eficaz para que yo me considerara feliz, pero me pareció prematuro en el estado en que se

encontraban nuestras relaciones. La cena fue excelente. Cuando de sobremesa, nos

sentamos a fumar unos habanos y a tomar el café, que, según me informó, se lo enviaban,

seleccionado para él, de su propia plantación, me pareció que todas las alabanzas del

cochero estaban justificadas, y que jamás había yo tratado con un hombre más cordial y

hospitalario.

Pero, no obstante la simpatía de su temperamento era hombre de firme voluntad y dotado

de un genio arrebatado muy característico. Lo pude comprobar a la mañana siguiente. La

curiosa animadversión que la señora de mi primo había concebido hacia mí era tan fuerte,

que su comportamiento durante el desayuno me resultó casi ofensivo. Pero, una vez que

su esposo se retiró de la habitación, ya no hubo lugar a dudas acerca de lo que pretendía,

porque me dijo:

-El tren más conveniente del día es el que pasa a las doce y cincuenta minutos.

-Es que yo no pensaba marcharme hoy-le contesté con franqueza, quizá con arrogancia,

porque estaba resuelto a no dejarme echar de allí por esa mujer.

-¡Oh, si es usted quien ha de decidirlo...! -dijo ella y dejó cortada la frase, mirándome con

una expresión insolente.

-Estoy seguro de que míster Everard King me lo advertiría si yo traspasara su

hospitalidad.

-¿Qué significa esto? ¿Qué significa esto?-preguntó una voz, y mi primo entró en la

habitación.

Había escuchado mis últimas palabras, y le bastó dirigir una sola mirada a mi cara y a la

de su esposa.

Su rostro, regordete y simpático, se revistió en el acto con una expresión de absoluta

ferocidad, y dijo:

-¿Me quieres hacer el favor de salir, Marshall?

Diré de paso que mi nombre y apellido son Marshall King.

Mi primo cerró la puerta en cuanto hubo salido, e inmediatamente oí que hablaba a su

mujer en voz baja, pero con furor concentrado. Aquella grosera ofensa a la hospitalidad

lo había lastimado evidentemente en lo más vivo. A mí no me gusta escuchar de manera

subrepticia, y me alejé paseando hasta el prado. De pronto oí a mis espaldas pasos

precipitados y vi que se acercaba- la señora con el rostro pálido de emoción y los ojos

enrojecidos de tanto llorar.

-Mi marido me ha rogado que le presente mis disculpas, míster Marshall King -dijo,

permaneciendo delante de mí con los ojos bajos.

-Por favor, señora, no diga ni una palabra más.

Sus ojos negros me miraron de pronto con pasión:

-¡Estúpido! -me dijo con voz sibilante y frenética vehemencia. Luego giró sobre sus

tacones y marchó rápida hacia la casa.

La ofensa era tan grave, tan insoportable, que me quedé de una pieza, mirándola con

asombro. Seguía en el mismo lugar cuando vino a reunirse conmigo mi anfitrión. Había

vuelto a ser el mismo hombre simpático y regordete.

-Creo que mi señora se ha disculpado de sus estúpidas observaciones-me dijo.

-¡Sí, sí; lo ha hecho, claro que sí!

Me pasó la mano por el brazo y caminamos de aquí para allá por el prado.

-No debes tomarlo en serio-me explicó-. Me dolería de una manera indecible que

acortases tu visita aunque sólo fuera por una hora. La verdad es que no hay razón para

que entre parientes guardemos ningún secreto: mi buena y querida mujer es

increíblemente celosa. Le molesta que alguien, sea hombre o mujer, se interponga un

instante entre nosotros. Su ideal es una isla desierta y un eterno diálogo entre los dos. Eso

te dará la clave de su conducta, que en este punto, lo reconozco, no anda lejos de una

manía. Dime que ya no volverás a pensar en lo sucedido.

-No, no; desde luego que no.

-Pues entonces, prende este cigarro y acompáñame para que veas mi pequeña colección

de animales.

Esta inspección nos ocupó toda la tarde, porque allí estaban todas las aves, animales y

hasta reptiles que él había importado. Algunos vivían en libertad, otros en jaulas y pocos,

encerrados en el edificio. Me habló con entusiasmo de sus éxitos y de sus fracasos, de los

nacimientos y de las muertes registradas; gritaba como un escolar entusiasmado cuando,

durante nuestro paseo, alzaba las alas del suelo algún espléndido pájaro de colores o

cuando algún animal extraño se deslizaba hacia el refugio. Por último, me condujo por un

pasillo que arrancaba de una de las alas de la casa. Al final había una pesada puerta que

tenía un cierre corredizo, a modo de mirilla; junto a la puerta salía de la pared un manillar

de hierro, unido a una rueda y a un tambor. Una reja de fuertes barrotes se extendía de

punta a punta del pasillo.

-¡Te voy a enseñar la perla de mi colección! -dijo-. Sólo existe en Europa otro ejemplar,

desde la muerte del cachorro que había en Rotterdam. Se trata de un gato del Brasil.

-¿Pero en qué se diferencian de los demás gatos?

-Pronto lo vas a ver-me contestó riendo-. ¿Quieres tener la amabilidad de correr la mirilla

y mirar hacia el interior?

Así lo hice, y vi una habitación amplia y desocupada, con el suelo enlosado y ventanas de

barrotes en la pared del fondo. En el centro de la habitación, tumbado en medio de una

luz dorada de sol, estaba acostado un gran animal, del tamaño de un tigre, pero tan negro

y lustroso como el ébano. Era, pura y simplemente, un gato negro enorme y muy bien

cuidado; estaba recogido sobre sí mismo, calentándose en aquel estanque amarillo de luz

tal como lo haría cualquier gato. Era tan flexible, musculoso, agradable y diabólicamente

suave, que yo no podía apartar mis ojos de la ventanita.

-¿Verdad que es magnífico?-me dijo mi anfitrión, poseído de entusiasmo.

-¡Una maravilla! Jamás he visto animal más espléndido.

-Hay quienes le dan el nombre de puma negro, pero en realidad no tiene nada de puma.

Este animal mío anda por los once pies, desde el hocico hasta la cola. Hace cuatro años

era una bolita de pelo negro y fino, con dos ojos amarillos que miraban fijamente. Me lo

vendieron como cachorro recién nacido en la región salvaje de la cabecera del río Negro.

Mataron a la madre a lanzazos cuando ya había matado a una docena de sus atacantes.

-Según eso, son animales feroces.

-No los hay más traicioneros y sanguinarios en toda la superficie de la tierra. Habla a los

indios de las tierras altas de un gato del Brasil y verás como salen corriendo. La caza

preferida de estos animales es el hombre. Este ejemplar mío no le ha tomado todavía el

sabor a la sangre caliente, pero si llega a hacerlo se convertirá en un animal espantoso. En

la actualidad no tolera dentro de su cubil a nadie sino a mí. Ni siquiera su cuidador,

Baldwin, se atreve a acercársele. Pero yo soy para él la madre y el padre en una pieza.

Mientras hablaba abrió de pronto la puerta, y con gran asombro mío se deslizó dentro

cerrándola inmediatamente a sus espaldas. Al oír su voz, el voluminoso y flexible animal

se levantó, bostezó y se frotó cariñosamente la cabeza redonda y negra contra su costado,

mientras mi primo le daba golpecitos y le acariciaba.

-¡Vamos, Tommy, métete en tu jaula! -le dijo mi primo.

El fenomenal gato se dirigió a un lado de la habitación y se enroscó debajo de unas rejas.

Everard King salió, y, agarrando el manillar de hierro al que antes me he referido,

empezó a hacerlo girar. A medida que lo accionaba, la reja de barrotes del pasillo empezó

a meterse por una rendija que había en el muro y fue a cerrar la parte delantera del

espacio enrejado, convirtiéndolo en una verdadera jaula. Cuando estuvo en su sitio, mi

primo abrió la puerta otra vez y me invitó a pasar a la habitación, en la que se percibía el

olor penetrante y rancio característico de los grandes animales carnívoros.

-Así es como lo tratamos -me dijo Evérard King-. Le dejamos espacio abundante para

que vaya y venga por la habitación, pero cuando llega la noche lo encerramos en su jaula.

Para darle libertad basta hacer girar el manillar desde el pasillo, y para encerrarlo

actuamos como tú acabas de ver. ¡No, no; no se te ocurra hacer eso!

Yo había metido la mano entre los barrotes para palmear el lomo brillante que se alzaba y

bajaba con la respiración. Mi primo tiró de mi mano hacia atrás con una expresión de

seriedad en el rostro.

-Te aseguro que eso que acabas de hacer es peligroso. No vayas a suponer que cualquier

otra persona puede tomarse las libertades que yo me tomo con este animal. Es muy

exigente en sus amistades. ¿Verdad que sí, Tommy? ¡Ha oído ya que llega el que le trae

la comida! ¿No es así, muchacho?

Se oyeron pasos en el corredor enlosado, y el animal saltó sobre sus patas y se puso a

caminar de un lado para otro de su estrecha jaula, con los ojos llameantes y la lengua

escarlata temblando y agitándose por encima de la blanca línea de sus dientes

puntiagudos. Entró un cuidador que traía en una artesilla un trozo de carne cruda y se lo

tiró por entre los barrotes. El animal se lanzó con ligereza y lo atrapó, retirándose luego a

un rincón; allí, sujetándolo entre sus garras, empezó a destrozarlo a mordiscos, alzando su

hocico ensangrentado para mirarnos de cuando en cuando a nosotros. El espectáculo era

fascinante, aunque de malignas sugerencias.

-¿Verdad que no puede extrañarte que yo le tenga afición a ese animal? -dijo mi primo,

cuando salíamos de la habitación-. Especialmente, si se piensa en que fui yo quien lo crió.

No ha sido cosa de broma transportarlo desde el centro de Sudamérica; pero aquí está ya,

sano y salvo, y, como te he dicho, es el ejemplar más perfecto que hay en Europa. La

dirección del Zoo daría cualquier cosa por tenerlo; pero, la verdad, es que yo no puedo

separarme de él. Bueno; creo que ya te he mortificado bastante con mi chifladura, de

modo que lo mejor que podemos hacer es seguir el ejemplo de Tommy y marchar a que

nos sirvan el almuerzo.

Tan absorto estaba mi pariente de Sudamérica con su parque y sus curiosos ocupantes,

que no creí al principio que se interesara por ninguna otra cosa. Sin embargo, pronto

comprendí que tenía otros intereses, bastante apremiantes, al ver el gran número de

telegramas que recibía. Le llegaban a todas horas y los abría siempre con una expresión

de máxima ansiedad y anhelo en su cara. Supuse a veces que se trataba de negocios

relacionados con las carreras de caballos, y también de operaciones de Bolsa; pero con

toda seguridad que se traía entre manos negocios muy urgentes y muy ajenos a las

actividades de las llanuras de Suffolk. En ninguno de los seis días que duró mi visita

recibió menos de cuatro telegramas, llegando en ocasiones hasta siete y ocho.

Yo había aprovechado tan perfectamente aquellos seis días que, al transcurrir ese plazo,

estaba ya en términos de máxima cordialidad con mi primo. Todas las noches habíamos

prolongado la velada hasta muy tarde en el salón de billares. Él me contaba los más

extraordinarios relatos de sus aventuras en América; unos relatos tan arriesgados y

temerarios, que me costaba trabajo relacionarlos con aquel hombrecito, curtido y

regordete que tenía delante... Yo, a mi vez, me aventuré a contarle algunos de mis propios

recuerdos de la vida londinense, que le interesaron hasta el punto de prometer venir a

Grosvenor Mansions y vivir conmigo. Sentía verdadero anhelo por conocer el aspecto

más disoluto de la vida de la gran ciudad y, mal está que yo lo diga, no podía desde luego

haber elegido un guía más competente. Hasta el último día de mi estancia, no me

arriesgué a abordar lo que me preocupaba. Le hablé francamente de mis dificultades

pecuniarias y de mi ruina inminente, y le pedí consejo, aunque lo que de él esperaba era

algo más sólido. Me escuchó atentamente, dando grandes chupadas a su cigarro, y me

dijo por fin:

-Pero tengo entendido que tú eres el heredero de nuestro pariente lord Southerton.

-Tengo toda clase de razones para creerlo, pero jamás ha querido darme nada.

-Sí, ya he oído hablar de su tacañería. Mi pobre Marshall, tu situación ha sido sumamente

difícil. A propósito, ¿no has tenido noticias últimamente de la salud de lord Southerton?

-Se está muriendo desde que yo era niño.

-Así es. No ha habido jamás un gozne chirriante como ese hombre. Quizá tu herencia

tarde todavía mucho en llegar a tus manos. ¡Válgame Dios!, ¿en qué situación más

lamentable te encuentras!

-He llegado a tener alguna esperanza de que tú, conociendo como conoces la realidad,

quizá accedieras a adelantarme...

-Ni una palabra más, muchacho -exclamó con la máxima cordialidad-. Esta noche

hablaremos del asunto y te prometo hacer todo cuanto esté en mi mano.

No lamenté el que mi visita estuviese llegando a su término, porque es una cosa

desagradable el vivir con el convencimiento de que hay en la casa una persona que anhela

vivamente que uno se marche. La cara cetrina y los ojos antipáticos de la esposa de mi

primo me mostraban cada vez más un odio mayor. Ya no se conducía con grosería activa,

porque el miedo a su marido no se lo consentía; pero llevó su insana envidia hasta el

extremo de no darse por enterada de mi presencia, de no hablarme nunca y de hacer mi

estancia en Greylands todo lo desagradable que pudo. Tan insultantes fueron sus maneras

en el transcurso del último día, que, sin duda alguna, me habría marchado

inmediatamente, de no mediar la entrevista que había de celebrar con mi primo aquella

noche y que yo esperaba me sacara de mi ruinosa situación.

La entrevista se celebró muy tarde, porque mi pariente, que en el transcurso del día

recibió más telegramas que de ordinario, se encerró después de la cena en su despacho, y

únicamente salió cuando ya todos se habían retirado a dormir. Le oí realizar su ronda

como todas las noches, cerrando las puertas y, por último, vino a juntarse conmigo en la

sala de billares. Su voluminosa figura estaba envuelta en un batín, y tenía los pies

metidos en unas zapatillas rojas turcas sin talones. Tomó asiento en un sillón, se preparó

un grog en el que el whiskey superaba al agua, y me dijo:

-¡Vaya noche la que hace!

En efecto, el viento aullaba y gemía en torno de la casa, y las ventanas de persianas

retemblaban y golpeaban como si fueran a ceder hacia adentro. El resplandor amarillo de

las lámparas y el aroma de los cigarros parecían, por contraste, más brillante uno y más

intenso el otro. Mi anfitrión me dijo:

-Bien, muchacho; disponemos de la casa y de la noche para nosotros solos. Explícame

cómo están tus asuntos y yo veré lo que puede hacerse para ponerlos en orden. Me

agradaría conocer todos los detalles.

Animado por estas palabras, me lancé a una larga exposición en la que fueron desfilando

todos mis proveedores y mis banqueros, desde el dueño de la casa hasta mi ayuda de

cámara. Llevaba en el bolsillo algunas notas, ordené los hechos, y creo que hice una

exposición muy comercial de mi sistema de vida anticomercial y de mi lamentable

situación. Sin embargo, me sentí deprimido al darme cuenta de que la mirada de mi

compañero parecía perdida en el vacío, como si su atención estuviese en otra parte. De

cuando en cuando lanzaba una observación, pero era tan de compromiso y fuera de lugar,

que tuve la seguridad de que no había seguido el conjunto de mi exposición. De cuando

en cuando parecía despertar de su ensimismamiento y esforzarse por exhibir algún

interés, pidiéndome que repitiese algo o que me explicase más a fondo, pero siempre

volvía a recaer en su ensimismamiento. Por último, se puso de pie y tiró a la rejilla de la

chimenea la colilla de su cigarro, diciéndome:

-Te voy a decir una cosa, muchacho; yo no tuve jamás buena cabeza para los números, de

modo que ya sabrás disculparme. Lo que tienes que hacer es exponerlo todo por escrito y

entregarme una nota de la totalidad. Cuando lo vea en negro y blanco lo comprenderé.

La proposición era animadora y le prometí hacerlo.

-Bien, ya es hora de que nos acostemos. Por Júpiter, el reloj del vestíbulo está dando la

una.

Por entre el profundo bramido de la tormenta se dejó oír el tintineo del reloj que daba la

hora. El viento pasaba rozando la casa con el ímpetu de la corriente de agua de un gran

río. Mi anfitrión dijo:

-Antes de acostarme tendré que echar un vistazo a mi gato. Estos ventarrones lo excitan.

¿Quieres venir?

-Desde luego que sí -le contesté.

-Pues entonces, camina pisando suave y no hables, porque todo el mundo está acostado.

Cruzamos en silencio el vestíbulo iluminado por lámparas y cubierto con alfombras

persas, y nos metimos por la puerta que había al final. Reinaba una absoluta oscuridad en

el pasillo de piedra, pero mi anfitrión echó mano de una linterna de caballeriza que

colgaba de un gancho y la encendió. Como no se veía en el pasillo la reja de barrotes,

comprendí que la fiera estaba dentro de su jaula.

-¡Entra! -dijo mi pariente, y abrió la puerta.

El profundo gruñido que lanzó el animal cuando entramos, nos demostró que, en efecto,

la tormenta lo había irritado. A la vacilante luz de la linterna distinguimos la gran masa

negra recogida sobre sí misma en el rincón de su cubil, proyectando una sombra

achaparrada y grotesca sobre la pared enjalbegada. Su cola se movía irritada entre la paja.

-El bueno de Tommy no está del mejor humor -dijo Everard King, manteniendo en alto la

linterna y mirando hacia donde estaba su gato. ¿No es verdad que da la impresión de un

demonio negro? Es preciso que le dé una ligera cena para que se amanse un poco.

¿Querrías sostener un momento la linterna?

La tomé de su mano y él avanzó hacia la puerta y dijo:

-Aquí afuera tiene la despensa. Perdóname un momento.

Salió y la puerta se cerró a sus espaldas con un golpe metálico.

Aquel sonido duro y chasqueante hizo que mi corazón dejase de latir. Se apoderó de mí

una súbita oleada de terror. Un confuso barrunto de alguna monstruosa traición me dejó

helado. Salté hacia la puerta, pero no había manillar del lado interior.

-¡Oye! -grité-. ¡Déjame salir!

-¡No pasa nada! ¡No armes escándalo! -me gritó mi primo desde el pasillo-. Tienes la luz

encendida.

-Sí; pero no me agrada de modo alguno el estar encerrado y solo de esta manera.

-¿Que no te agrada?-Oí que se reía con risa cordial-.

-No vas a estar mucho tiempo solo.

-¡Déjame salir! -repetí, muy irritado-. Te digo que no admito bromas de esta clase.

-Ésa es precisamente la palabra: broma -me contestó, lanzando otra risa odiosa.

Y de pronto, entre el bramar de la tormenta, oí el chirrido y el gemir del manillar que

daba vueltas y el traqueteo de la reja al pasar por la rendija del muro. ¡Santo cielo, estaba

poniendo en libertad al gato del Brasil!

A la luz de la linterna vi cómo la reja de barrotes iba retirándose lentamente delante de

mí. Había ya una abertura de un pie en su extremidad. Lancé un alarido y agarré el último

barrote, tirando de él con toda la energía de un loco. En efecto, yo estaba loco de furor y

de espanto. Sostuve por unos momentos el mecanismo, inmovilizándolo. Me di cuenta de

que él, por su parte, empujaba con todas sus fuerzas el manillar, y que el sistema de

palanca acabaría por sobreponerse a mis fuerzas. Fui cediendo pulgada a pulgada; mis

pies resbalaban sobre las losas y en todo ese tiempo yo pedía y suplicaba a aquel

monstruo inhumano que me librase de tan terrible muerte. Se lo supliqué por nuestro

parentesco. Le recordé que yo era huésped suyo; le pregunté qué daño le había hecho. Él

no daba otras respuestas que los empujones y tirones del manillar; con cada uno de ellos,

y a pesar de todos mis forcejeos, se iba llevando otro barrote por la rendija de la pared.

Aferrándome y tirando con todas mis fuerzas, me vi arrastrado a todo lo largo de la parte

delantera de la jaula; por último, con las muñecas doloridas y los dedos desgarrados,

renuncié a la lucha inútil. Al soltar el enrejado, éste se retiró totalmente con un golpe

seco, y un momento después oí cómo se alejaba por el pasillo el ruido de las pisadas de

las zapatillas turcas, que terminó con el chasquido de una puerta lejana cerrada de golpe.

Luego reinó el silencio.

El animal no se había movido de su sitio en todo ese tiempo. Permanecía tumbado en el

rincón, y su cola había dejado de moverse. Por lo visto lo había llenado de asombro la

aparición de un hombre agarrado a los barrotes de su jaula y arrastrado por delante de él

dando alaridos. Vi cómo sus ojos enormes me miraban con fijeza. Al aferrarme a los

barrotes, había dejado caer la linterna, pero seguía encendida en el suelo y yo hice un

movimiento para apoderarme de ella, movido por la idea de que quizá su luz me

protegiese. Pero en el instante mismo en que me moví, la fiera dejó escapar un gruñido

profundo y amenazador. Me detuve y permanecí en mi sitio temblando de miedo. El gato

(si es que puede darse este nombre tan casero a un animal horrible como aquél) estaba a

menos de diez pies de mí. Le brillaban los ojos como dos discos de fósforo en la

oscuridad. Me aterraban, y, sin embargo, me fascinaban. No podía apartar de esos ojos

los míos. En momentos de intensidad tan grande como eran aquéllos para mí, la

naturaleza nos hace las más extrañas jugarretas; esos ojos brillantes se encendían y se

desvanecían como dos luces que suben y bajan en un ritmo constante. Había momentos

en que yo los veía como dos puntos minúsculos de un brillo extraordinario, como dos

chispas eléctricas en la negra oscuridad; pero luego se ensanchaban y ensanchaban hasta

ocupar con su luz siniestra y movediza todo el ángulo de la habitación. Pero, de pronto,

se apagaron por completo.

La fiera había cerrado los ojos. No sé si hay algo de verdad en la vieja idea del dominio

que ejerce la mirada del hombre, o si fue porque el enorme gato estaba simplemente

amodorrado, lo cierto es que, lejos de mostrar síntomas de querer atacarme, se limitó a

apoyar su cabeza negra y sedosa sobre sus terribles garras delanteras y pareció dormirse.

Seguí de pie, temiendo moverme y despertarlo otra vez a la vida y a la malignidad. Pero,

por último, pude pensar claramente libre ya de la impresión de aquellos ojos ominosos.

Estaba encerrado para toda la noche con la fiera feroz. Mi propio instinto, para no

referirme a las palabras de aquel miserable calculador que me había hecho caer en esta

trampa, me advertía que ese animal era tan salvaje como su amo. ¿Cómo me las

arreglaría para mantenerlo en esa situación en que estaba ahora hasta que amaneciera?

Era inútil intentar salvarme por la puerta, lo mismo que por las ventanas estrechas y

enrejadas. Dentro de la habitación, desnuda y embaldosada, no existía para mí ninguna

clase de refugio. Era absurdo que gritara pidiendo socorro. Este cubil era una

construcción accesoria, y el pasillo que lo unía a la casa tenía, por lo menos, una largura

de cien pies. Además, mientras en el exterior bramase la tormenta, no era probable que

nadie oyera mis gritos. Sólo podía

confiar en mi propio valor y en mi propio ingenio. De pronto, con una nueva oleada de

espanto, mis ojos se posaron en la linterna. Su vela ardía ya a muy poca altura y

empezaban a formarse estrías laterales. No tardaría diez minutos en apagarse. Sólo

disponía, por tanto, de diez minutos para tomar alguna iniciativa, porque una vez que

quedara en la oscuridad y próximo a la fiera espantable, sería incapaz de acción. Ese

mismo pensamiento me tenía paralizado. Miré por todas partes con ojos de desesperación

dentro de esa cámara mortuoria, y de pronto me fijé en un lugar que parecía prometer, si

no salvación, por lo menos un peligrono tan inmediato e inminente como el suelo

desnudo.

He dicho que la jaula, además de tener una parte delantera, tenía también una parte

superior, que permanecía fija cuando se recogía la delantera a través de la rendija del

muro. La parte superior estaba formada por barras separadas entre sí por pocas pulgadas,

estando esa separación cubierta con tela de alambre fuerte a su vez, y el todo descansando

en las dos extremidades sobre dos fuertes montantes. En ese momento producía la

impresión de un gran solio hecho de barras, bajo el cual estaba agazapada en un rincón la

fiera. Entre esa parte superior de la jaula y el techo quedaba una especie de estante de

unos dos a tres pies de altura. Si yo conseguía subir hasta allí y meterme entre los

barrotes y el cielo raso, sólo tenía un lado vulnerable. Estaría a salvo por debajo, por

detrás y a cada lado. Únicamente podía ser atacado de frente. Es cierto que por ese lado

no tenía protección alguna; pero al menos, me encontraría fuera del camino de la fiera

cuando ésta comenzara a pasearse dentro de su cubil. Para llegar hasta mí tendría que

salirse de su camino. Tenía que hacerlo ahora o nunca, porque en cuanto la luz se apagase

me resultaría imposible. Hice una profunda inspiración y salté, aferrándome al borde de

hierro de la parte superior de la jaula, y me metí, jadeante, en aquel hueco. Al retorcerme

quedé con la cara hacia abajo, y me encontré mirando en línea recta a los ojos terribles y

las mandíbulas abiertas del gato. Su aliento fétido me daba en la cara lo mismo que una

vaharada de vapor de una olla infecta hirviendo.

Me pareció que el animal se mostraba más bien curioso que irritado. Con una ondulación

de su lomo largo y negro se levantó, se estiró, y luego, apoyándose en sus patas traseras,

con una de las garras delanteras en la pared, levantó la otra y pasó sus uñas por la tela de

alambre que yo tenía debajo. Una uña afilada y blanca rasgó mis pantalones -porque no

he dicho que estaba con mi traje de smoking- y me abrió un surco en mi rodilla. La fiera

no hizo aquello agresivamente, sino más bien como tanteo, porque al lanzar yo un agudo

grito de dolor, se dejó caer de nuevo al suelo, saltó luego ágilmente a la habitación,

empezó a pasearse con paso rápido alrededor, y de cuando en cuando lanzaba una mirada

hacia mí. Yo, por mi parte, me apretujé muy adentro hasta tocar con la espalda la pared,

comprimiéndome de manera de ocupar el más pequeño espacio posible. Cuanto más

adentro me metía, más difícil iba a serle atacarme.

Parecía irse excitando con sus paseos, y se puso a correr ágilmente y sin ruido por el

cubil, cruzando continuamente por debajo de la cama de hierro en que yo estaba tendido.

Era un espectáculo maravilloso el de ese cuerpo enorme dando vueltas y vueltas como

una sombra, sin que apenas se oyese un ligerísimo tamborileo de las patas aterciopeladas.

La vela brillaba con muy poca luz, hasta el punto exacto en que yo podía distinguir al

animal. De pronto, después de una última llamarada y chisporroteo se apagó por

completo. ¡Me encontraba a solas y en la oscuridad con el gato!

Parece que el saber que uno ha hecho todo lo posible, ayuda a enfrentarse con el peligro.

No queda entonces otro recurso que el de esperar con calma el resultado. En mi caso la

única posibilidad de salvación estaba en el sitio en que me había refugiado. Me estiré,

pues, y permanecí en silencio, sin respirar casi, con la esperanza de que la fiera se

olvidara de mi presencia si yo no hacía nada por recordárselo. Calculo que serían las dos

de la madrugada. A las cuatro amanecería. Sólo tenía, pues, que esperar dos horas a la luz

del día.

En el exterior, la tormenta seguía furiosa y la lluvia azotaba constantemente las pequeñas

ventanas. En el interior, la atmósfera fétida y ponzoñosa era insoportable. Yo no veía ni

oía al gato. Traté de pensar en otras cosas; pero sólo había una con fuerza suficiente para

apartar mi pensamiento de la terrible situación en que me encontraba; la villanía de mi

primo, su hipocresía no igualada por nadie, el odio maligno que me profesaba. Un alma

de asesino medieval acechaba detrás de aquella cara simpática. Cuanto más pensaba en

ello, más claramente veía toda la astucia con que había preparado el golpe. Por lo visto se

había acostado como los demás. Sin duda alguna había preparado sus testigos, para

demostrarlo. Después, sin que esos testigos lo advirtiesen, había bajado sigilosamente,

me había metido con engaños en el cubil y me había dejado encerrado. La historia que él

contaría era por demás sencilla. Yo me había quedado en el salón de billares terminando

de fumar mi cigarro. Había bajado por propia iniciativa para echar una última ojeada al

gato del Brasil, me había metido en la habitación sin darme cuenta de que la jaula estaba

abierta y la fiera había hecho presa de mí. ¿Cómo se le podría demostrar el crimen que

había cometido? Quizá hubiese sospechas; pero jamás se obtendrían pruebas.

¡Con qué lentitud transcurrieron aquellas dos horas espantosas! En una ocasión llegó a

mis oídos un ruido apagado, raspante, que yo atribuí al lamido del pelo del animal. En

varias ocasiones los ojos verdosos me enfocaron brillantes a través de la oscuridad, pero

nunca me miraron fijamente, y cada vez fue mayor mi esperanza de que me olvidara o de

que no se diese por enterado de mi presencia. Pero llegó un momento en que penetró por

las ventanas un asomo de luz; empecé a verlas como dos recuadros grises en la pared

negra. Luego los recuadros se volvieron blancos y pude ver de nuevo a mi terrible

compañero. ¡Y él también pudo verme a mí, por desgracia!

Comprendí en el acto que la fiera se encontraba de un humor más peligroso y agresivo

que cuando dejé de verlo. El frío de la mañana lo había irritado y, además, estaba

hambriento. Iba y venía con un gruñido constante y con paso rápido, por el lado de la

habitación que estaba más alejado de mi refugio, con los bigotes rizados de furor, y

enhiestando y descargando latigazos con la cola. Cuando daba media vuelta al llegar a los

ángulos de la pared, alzaba siempre hacia mí los ojos, preñados de espantosas amenazas.

Comprendí que se estaba preparando para matarme. Y, sin embargo, hasta en una

situación tan crítica yo no podía menos que admirar la elegancia sinuosa de la endiablada

alimaña, sus movimientos sin violencia, ondulantes, de suaves curvas, el brillo de su

lomo magnífico, el color escarlata palpitante de su lengua lustrosa que colgaba fuera del

morro azabache.

El gruñido profundo y amenazador subía y subía de tono, en un crescendo

ininterrumpido. Comprendí que había llegado el momento decisivo.

Resultaba lastimoso el esperar una muerte como aquélla en un estado como el que me

encontraba: transido, en posición violenta, temblando de frío sobre aquella parrilla de

tortura en que estaba tendido con mis ropas ligeras. Me esforcé por reanimarme, por

levantar mi alma a una altura superior a esa situación y, al mismo tiempo, con la lucidez

cerebral propia de un hombre que se ve perdido, miré por todas partes buscando algún

medio posible de salvación. Una cosa era evidente para mí: si fuese posible hacer

retroceder a su posición anterior la reja delantera de la jaula, podía encontrar detrás de

ella un refugio seguro. ¿Sería yo capaz de volverla a su sitio? Apenas me atrevía a

moverme, por temor a que la fiera saltara sobre mí. Lenta, lentísimamente, alargué la

mano hasta aferrar con ella el barrote último de la reja, que sobresalía de la rendija del

muro exterior. Con gran sorpresa mía, cedió fácilmente al tirón que le di. Como es

natural, la dificultad de tirar hacia dentro era producida por el hecho de que yo estaba

como pegado a ella, sin poder hacer juego con el cuerpo. Di otro tirón y la reja avanzó

tres pulgadas más. Por lo visto, funcionaba sobre ruedas. Volví a tirar... ¡y en ese instante

saltó el gato!

La cosa fue tan rápida, tan súbita, que no me di cuenta de cómo había ocurrido. Oí el

salvaje rechinar de dientes, y un instante después, la llamarada de los ojos amarillos, la

negra cabeza achatada con su lengua roja y centelleantes colmillos, estuvo al alcance de

mi mano. El proyectil viviente hizo vibrar con su choque los barrotes en que yo estaba

tendido, hasta el punto de que pensé que se venían abajo (si es que en aquel instante

podía yo pensar en algo). El gato se balanceó allí un instante, tratando de afianzarse en el

borde del enrejado con las patas traseras, quedando su cabeza y sus garras delanteras muy

cerca de mí. Oí el chirrido raspante de las uñas en la tela metálica, y sentí en mi cara el

nauseabundo aliento de la fiera, que había calculado mal el salto. No pudo sostenerse en

aquella postura. Despacio, enseñandofuriosa los dientes y arañando con desesperación los

barrotes, perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo. Pero se volvió al instante con

un gruñido hacia mí y se agazapó para dar otra vez el salto.

Comprendí que se iba a decidir en unos momentos mi destino. El animal había aprendido

la lección y ya no calcularía mal. Era preciso que yo actuara con rapidez y sin temor

alguno si quería tener alguna posibilidad de conservar la vida. Me tracé un plan. Me

despojé del smoking y se lo tiré a la fiera encima de la cabeza. Simultáneamente me dejé

caer al suelo y agarré la primera barra de la reja delantera y tiré con frenesí hacia adentro.

Respondió a mi esfuerzo con una facilidad mucho mayor de la que yo esperaba. Crucé la

habitación arrastrándola conmigo; pero la posición en que me encontraba al realizar ese

avance, me obligó a quedar del lado exterior de la reja. Si hubiese quedado del lado

interior, tal vez hubiese salido sin un rasguño. Pero tuve que detenerme un instante para

tratar de meterme por la abertura que yo había dejado. Bastó ese instante para dar tiempo

a la fiera de desembarazarse del smoking con que la había cegado y para lanzarse sobre

mí. Me precipité en el interior de la jaula por la abertura y empujé la reja hasta el final;

pero el gato cogió mi pierna antes que yo pudiera meterla dentro por completo. Un golpe

de su enorme garra me arrancó la pantorrilla lo mismo que un cepillo arranca una viruta

de madera. Un instante después, desangrándome y a punto de desmayarme, estaba

tendido entre la maloliente cama de paja, y separado de la fiera por aquellas rejas amigas

contra las que se lanzaba con loco frenesí.

Demasiado gravemente herido para moverme, y demasiado desmayado para experimentar

la sensación del miedo, no pude hacer otra cosa que permanecer tumbado, más muerto

que vivo, viendo el espectáculo. El gato apretaba contra los barrotes el pecho negro y

ancho, y buscaba atacarme con las uñas ganchudas de sus garras, tal como he visto hacer

a un gato delante de una trampa de alambre para ratoncitos. Me arrancaba trozos de la

ropa; pero por más que se estiraba, no conseguía asirme. He oído hablar de que las

heridas producidas por los grandes animales carnívoros ocasionan una curiosa sensación

de embotamiento. En efecto, estaba escrito que yo también lo experimentaría, porque

perdí toda conciencia de mi personalidad, y la perspectiva del posible fracaso o éxito de

aquel animal me producía el mismo efecto de indiferencia que sí yo estuviera

contemplando un juego inofensivo. Después, mi cerebro fue alejándose de una manera

insensible hasta la región de los sueños confusos en los que penetraban una y otra vez la

negra cara y la roja lengua. Por ese camino me perdí en el nirvana del delirio, en el que

encuentran alivio bendito todos aquellos que han llegado a un punto excesivo de

sufrimiento.

Tratando posteriormente de rehacer el curso de los acontecimientos, llego a la conclusión

de que debí permanecer insensible por espacio de dos horas, más o menos. Lo que me

volvió una vez más en mí fue ese vivo chasquido metálico con el que se había iniciado mi

terrible experiencia. Era que alguien había hecho retroceder la cerradura automática. A

continuación, antes aun de que mis sentidos estuviesen lo suficientemente despiertos para

comprender lo que veían, me di cuenta de que en la puerta abierta y mirando hacia el

interior estaba la cara regordeta y de simpática expresión de mi primo. Sin duda alguna

que el espectáculo que se le ofreció lo dejó atónito. El gato se hallaba agazapado en el

suelo. Yo estaba tumbado de espaldas dentro de la jaula, en mangas de camisa, con las

perneras de los pantalones desgarradas y rodeado de un gran charco de sangre. En este

momento me parece estar viendo su cara de asombro iluminada por los rayos del sol

matinal. Miró hacia mí una y otra vez. Luego cerró la puerta a sus espaldas y se adelantó

hacia la jaula para ver si yo estaba realmente muerto.

No puedo intentar describir lo que ocurrió, porque no me hallaba en un estado como para

testificar o escribir el relato de la escena. Lo único que puedo decir es que tuve

conciencia súbita de que retiraba su rostro del mío y de que volvía a mirar a la bestia.

-¡Vamos, querido Tommy! ¡Formalidad, querido Tommy! -gritó.

Luego se aproximó a los barrotes de la jaula, vuelto de espaldas hacia mí todavía, y

bramó:

-¡Quieto, estúpido animal! ¡Quieto, te digo! ¿Es que no conoces a tu amo?

Aunque mi cerebro estaba como atontado, me vinieron súbitamente al recuerdo las

palabras que me había dicho ese hombre, de que el regusto de sangre enfurecía al gato,

convirtiéndolo en un demonio. Era mi sangre la que había paladeado; pero el amo iba

ahora a pagar el precio de ella.

-¡Apártate! -chilló-. ¡Apártate, demonio! ¡Baldwin! ¡Baldwin! ¡Oh, santo Dios!

Le oí luego caer, levantarse y volver a caer, con ruido de saco que se desgarra. Sus

alaridos fueron debilitándose hasta quedar ahogados por el gruñido lacerante. Luego,

cuando yo pensaba que había muerto, vi como en una pesadilla una figura ciega, hecha

jirones, empapada en sangre, que corría alocada por la habitación... y ésa fue la última

visión que tuve de ese hombre antes de volver a perder el conocimiento.

Tardé muchos meses en sanar; a decir verdad, no puedo decir que haya sanado todavía ni

que sanaré, porque tendré que usar hasta el fin de mis días un bastón, como recuerdo de

la noche que pasé con el gato del Brasil. Cuando Baldwin, el cuidador, y los demás

criados acudieron a los gritos de agonía que lanzaba su amo, no pudieron contar lo que

había ocurrido porque a mí me encontraron dentro de la jaula, y los restos mortales de su

amo, o lo que más tarde pudieron comprobar que eran sus despojos los tenía entre sus

garras la fiera que él había criado. La ahuyentaron con hierros al rojo y, por último la

mataron a tiros por la ventanita de la puerta. Sólo entonces pudieron extraerme de allí.

Me condujeron a mi dormitorio donde permanecí entre la vida y la muerte durante varias

semanas, bajo el techo del que quiso asesinarme. Enviaron en busca de un cirujano a

Clipton, e hicieron venir de Londres una enfermera. Al cabo de un mes estuve en

condiciones de que me llevasen hasta la estación, y luego a mis habitaciones de

Grosvenor Mansions.

Conservo de mi enfermedad un recuerdo que bien pudiera pertenecer al panorama

constantemente variable creado por mi cerebro febril, si no se hubiera grabado en mi

memoria de una manera tan permanente. Cierta noche, estando ausente la enfermera, se

abrió la puerta de mi habitación, y una mujer alta y completamente enlutada se deslizó

dentro. Se acercó hasta mi cama. e inclinó su cara cetrina hacia mí; al débil resplandor de

la lamparilla vi que era la brasileña con la que mi primo estaba casado. Me miró

fijamente a la cara, con una expresión mucho más amable de la que yo había conocido, y

me preguntó:

-¿Está usted en sí?

Contesté con una leve inclinación de cabeza, porque me sentía aún muy débil.

-Bien, pues, quería decirle que únicamente debe usted culparse a usted mismo de lo

ocurrido. ¿No hice yo cuanto pude en su favor? Traté desde el primer momento de

alejarlo de esta casa. Me esforcé por librarlo de él, recurriendo a todos los medios, menos

al de traicionar al que era mi esposo. Yo sabía que él tenía motivo para atraerlo a esta

casa, y que no lo dejaría salir de aquí con vida. Nadie conoció a ese hombre como yo, que

tanto he sufrido con él. No me atreví a decirle todo esto. Me habría matado. Pero hice

cuanto pude por usted. A fin de cuentas, ha sido para mí el mejor amigo que he tenido.

Me ha devuelto mi libertad, cuando yo creía que sólo la muerte era capaz de traérmela.

Lamento sus heridas, pero ningún reproche puede hacerme. Le dije que era usted un

estúpido y, en efecto, lo ha sido.

Aquella mujer extraña y amargada se deslizó fuera de la habitación, estando escrito que

no la volvería a ver jamás. Regresó a su país de origen con lo que le quedó de las riquezas

de su esposo, y según noticias recibidas posteriormente, tomó el velo en Pernambuco.

Hasta pasado algún tiempo de mi regreso a Londres los médicos no dictaminaron que me

encontraba en condiciones de atender mis asuntos. Esa clase de autorización no me hizo

al comienzo muy feliz porque temía que sirviera de señal a un asalto en masa de mis

acreedores;sin embargo, quien primero la aprovechó fue mi abogado Summers.

-Me alegra muchísimo que su señoría se encuentre tan mejorado -me dijo-. Llevo

esperando mucho tiempo para presentarle mis felicitaciones.

-¿Qué quiere usted decir con eso, Summers? La cosa no está para bromas.

-Quise decir y digo -me contestó- que desde hace seis semanas es usted lord Southerton,

pero no se lo hemos dicho por temor a que la noticia retrasase el curso de su

recuperación.

¡Lord Southerton, es decir, uno de los pares más ricos de Inglaterra! No podía creer lo

que oía. Y de pronto pensé en el plazo que había transcurrido y en que coincidía con el

que yo llevaba herido.

-Según eso, lord Southerton debió fallecer, más o menos, por el tiempo en que yo resulté

herido.

-Una y otra cosa ocurrieron el mismo día.

Summers me miraba fijamente al hablar, y yo estoy convencido de que había adivinado la

verdadera situación, porque era hombre muy perspicaz. Calló un momento, como si

esperara de mí una confidencia; pero yo no creí que se adelantase nada dando aires a

semejante escándalo familiar. Entonces él prosiguió, con la misma expresión de quien lo

adivina toda:

-Sí, es una coincidencia por demás curiosa. Supongo que sabrá usted que el heredero

inmediato de la fortuna era su primo Everard King. Si ese tigre lo hubiese destrozado a

usted, y no a él, vuestro primo sería en este momento lord Southerton.

-Desde luego-le contesté.

-¡Con cuánta pasión lo anhelaba! -dijo Summers-. He sabido casualmente que el ayuda de

cámara del difunto lord Southerton estaba a sueldo de Everard King, y que le enviaba

telegramas con intervalos de pocas horas para informarle del estado de salud de su amo.

Esto ocurría, más o menos, por el tiempo en que usted estuvo de visita en su finca. ¿No le

resulta extraño que tuviese tanto interés en estar bien informado, no siendo, como no era,

el heredero inmediato?

-Sí que es muy extraño -le contesté-. Y ahora, Summers, tráigame las facturas de mis

deudas y un nuevo talonario de cheques, para que empecemos a poner las cosas en orden.